

Conservación de restos arqueológicos

No cabe duda de que el peor enemigo de la arqueología es el hombre. El paso del tiempo y los agentes naturales no someten a tantas injurias los restos del pasado, como nosotros mismos. La ignorancia y la incultura primero, y hoy sobre todo, la codicia hacen que cada vez vayan quedando menos vestigios del paso del hombre.

Una simple excursión por las páginas de la prensa diaria nos trae a menudo noticias de tales agresiones. Para nadie es un secreto los irreparables atentados sufridos por nuestras incomparables pinturas rupestres, que en sus emplazamientos originales habían resistido el paso de los milenios, y que hoy son arrancadas, mutiladas o raspadas, perdiéndose para siempre. El arte rupestre levantino ha sufrido en poco tiempo una degradación considerable en este sentido.

Recientemente la prensa nos ha hablado de dólmenes destruidos por excavadoras, un morabito desaparecido en el término de Barx por entorpecer el trazado de un camino, poblados ibéricos eliminados, uno de ellos, muy reciente, por obra de buscadores de presuntos tesoros..., para qué seguir.

Pero un puerco sistema de vandalismo arqueológico se está desarrollando últimamente. No es que sea reciente, ya que sus más famosos antecedentes datan ya de la antigüedad, pero es hoy cuando a pesar de la protección legal sobre los restos de interés arqueológico, experimenta un recrudecimiento. Me refiero en primer lugar a emplear las ruinas como una cantera de material de construcción, ya manufacturado como en los casos conocidos de las Pirámides de Egipto, Coliseo y Foro de Roma, y más próximamente a nosotros del Teatro de Sagunto.

Y en Sagunto también, no olvidemos a las canteras, sobre todo la que estuvo a punto de tragarse el castillo...

En segundo lugar, tenemos las ruinas o restos arqueológicos "molestos". Sin salir tampoco de Sagunto, sabemos también cuáles son, por ejemplo el Circo Romano, que una simple excavación hubiera hecho aflorar casi en su totalidad, y que hoy sirve de cimientos a fincas de moderna construcción. Tan solo un pequeño fragmento de su muro queda en pie, en un solar convertido en vertedero, y casi diría yo, oprimido por las paredes medianeras de los edificios —recientes— contiguos.

Este Circo Romano, que en tantas obras sobre Sagunto se menciona, ha sido engullido por la especulación de los terrenos que hoy día, salvo

esas pocas piedras que sobresalían del suelo, y que deben su subsistencia a esta notoriedad. Resulta penoso leer, en la obra de Chabret, la descripción de este Circo, en el que el prohombre saguntino hizo alguna excavación a sus expensas, hallando restos de indudable interés, y resulta conmovedor su lamento por no permitirle sus recursos adquirir los campos cultivados sobre las ruinas para poder sacar a éstas a la luz, por el elevado precio de tales campos. ¡Qué diría hoy, cuando los cultivos han sido sustituidos por edificaciones causando daños, tal vez irreparables a estos restos enterrados!

Pero resultan inútiles las lamentaciones. La labor positiva a realizar es ser todos, y tener conciencia de ello, vigilantes celosos de la integridad de los vestigios del pasado. Ejemplar es, en tal sentido, la labor de estos grupos de "Misión rescate", formados por escolares que así, aprenden a amar y respetar lo que nuestros antepasados construyeron.

Pero no basta con descubrir y rescatar restos. Hay que conservarlos y protegerlos, y entonces ¡ay! el "bulldozer" que por error real o interesado pulveriza unos vestigios, el constructor que descubre unas ruinas en su solar y se apresura a destruirlas o simplemente a edificar encima para que no se le paralice la obra.

Cierto es que los cauces legales son a veces de una lentitud exasperante. Posiblemente sea a causa de escasez de fondo para tales menesteres. En Liria, por ejemplo se descubrieron hace pocos años unas ruinas romanas en un solar donado por un patricio local para la construcción de una Casa de Cultura. Las excavadoras hallaron las ruinas y las obras se paralizaron. Se desenterraron parte de las ruinas y aparecieron entre otros restos de construcciones, una piscina, en una estancia que conservaba parte de sus muros hasta una altura de más de un metro, muros en los que aún se podía apreciar el estuco que los cubría, decorado con motivos de color rojo y negro.

Las ruinas quedaron pues, a la intemperie, y así continúan. El conjunto se ha ido degradando paulatinamente, convirtiéndose en vertedero. Se instalaron barracones de feria en el mismo solar, junto a las ruinas, que poco a poco van destruyéndose, y el estuco pintado ha desaparecido, en su totalidad.

Hubiera sido mejor volver a enterrar los restos, o construir encima de ellos, pero respetándolos como se ha hecho en Barcelona con la Ciudad Romana, que se conserva en los sótanos del Museo de Historia de la Ciudad. Nada es imposible cuando hay interés en conservar las reliquias del pasado.

Y aunque marchemos hacia el futuro, no hay que perder de vista el pasado, de la misma forma que el automovilista debe de usar a menudo el espejo retrovisor para seguir su marcha con mayor seguridad.

Febrero, 1976.

Emilio Monzó Gimeno

